

DOCUMENTOS

IGLESIA Y LIBERACION DE LOS PUEBLOS

El 9 de diciembre Tanzania cumple diez años de independencia política. Con una extensión y un número de habitantes muy semejantes a los de Venezuela, lucha hoy por lograr su plena independencia económica y social.

Su presidente es Julius Nyerere, católico practicante, socialista y amigo de los chinos sin venderse a ellos. El y su amigo protestante Kaunda, presidente de Zambia, han merecido el elogio del exigente René Dumont, "ya que si, desde Francia hasta los Estados Unidos y en muchos otros países, numerosos jefes de Estado se proclaman cristianos, los africanos Nyerere y Kaunda, por su parte, se esfuerzan verdaderamente en vivir como cristianos, lo que es más difícil" (Desarrollo y Socialismo. Edit. Tiempo Nuevo, Caracas, 1971, página 63).

Queremos recoger en SIC el testimonio de un cristiano comprometido en la lucha concreta por la liberación de un pueblo, pues, como dice Dumont, "su coraje merece grandes elogios, ya que puede aportarnos elementos irremplazables para la edificación de una sociedad nueva y no solamente en Africa" (Ibidem pág. 144).

Tomamos de la excelente revista española "Vida Nueva" (Nº 794, 7 agosto 1971, pp. 20-26) el amplio resumen del discurso que dirigió Nyerere en Nueva York a las Hermanas de Maryknoll en su novena Asamblea General.

El verdadero problema del mundo moderno no es la pobreza, puesto que disponemos de medios y de conocimientos que nos ayudarían a aliviarla. El verdadero problema, el que crea la miseria, las guerras, el odio entre los hombres, es el abismo que divide a la humanidad en ricos y pobres.

Esta división la observamos a dos niveles. En el interior de cada país hay una minoría de individuos que gozan de inmensa fortuna, lo que les concede un inmenso poder, mientras que la gran mayoría de la gente de ese país sufre pobreza y privaciones. Esta división es manifiesta incluso en países como los Estados Unidos. Pero en países como el Brasil, Portugal, la India, el contraste entre la riqueza de los privilegiados y la pobreza de los demás es algo que clama al cielo.

Si del nivel interno de una nación pasamos al nivel de las naciones entre sí, observaremos el mismo fenómeno representando idéntico problema: un reducidísimo grupo de naciones ricas que dominan el mundo de lo económico y, por consiguiente, el dominio de lo político, y un inmenso grupo de países pobres que aparece como si no tuvieran otro destino que el de ser dominados.

TANZANIA

(República Unida de Tanzania)

Tanzania comprende el antiguo territorio de Tangañica, y frente a sus costas, las islas de Zanzíbar, Pemba y otras menores. Su parte continental (Tangañica) se extiende por la costa del Océano Índico y limita con Mozambique, Malaui, Zambia, la República Democrática del Congo, Uganda y Kenia.

La mayor parte de su suelo es una meseta montañosa donde está el Kilimanyaro (5.963 metros), el pico más alto de Africa. En sus fronteras se hallan los grandes lagos Nyasa, Tangañica y Victoria.

El nacionalismo que se desarrolló a raíz de la segunda guerra mundial llevó a la independencia a Tangañica en 1961 y a la de Zanzíbar en 1963. Convertidas ambas en repúblicas un año después de las respectivas emancipaciones, acordaron (26 abril 1964) formar un sólo país que se conoció con el nombre de República Unida de Tanzania. El poder ejecutivo radica en el Presidente elegido por sufragio popular para un período de 5 años.

Area: 939.703 kilómetros cuadrados.

Población: 13.273.000 (en 1970).

Capital: Dar es Salaam (293.000 habitantes).

Idiomas: Suahili (oficial), inglés, árabe.

Religión: 5.700.000 animistas.

2.400.000 católicos.

2.300.000 musulmanes.

1.035.000 protestantes.

Ingreso por habitante: U.S. \$ 62 (19688)

EL RICO INFLUYE EN LA VIDA DEL POBRE

Lo que tiene la mayor importancia en esta división no es el que existan hombres con mayor sustento del que necesitan o con más vestidos de los que pueden llevar; ni el que un país que tenga suficientes fuentes de desarrollo para asegurar el confort de sus ciudadanos, mientras otras personas o naciones no pueden tener ni lo más indispensable. La importancia del problema está en que el rico, por el hecho de serlo, influye en la vida de los que son pobres; en que las naciones ricas, por el hecho de serlo, tienen poder sobre la política de las naciones pobres. Pero lo más grave de todo es que nuestro sistema social y económico —nacional e internacionalmente— apoya esas divisiones y continuamente las acrecienta de modo que el rico se enriquece más y aumenta su poder, y el pobre se hace relativamente más pobre y menos capaz de controlar su propio futuro.

Pero con frecuencia —quizás sea lo más frecuente— esto sucede “naturalmente”: es el resultado del funcionamiento normal de los sistemas que los hombres han establecido para sí mismos. Del mismo modo que el agua en los terrenos áridos termina en definitiva por correr hasta el océano, donde ya hay agua en abundancia, así también la riqueza corre desde las naciones más pobres y desde los individuos más pobres a las manos de las naciones y de los individuos que ya son ricos. Un hombre que apenas puede permitirse comprar un pan al día contribuye a acrecentar el beneficio del dueño de la panadería, aunque se dé el caso de que ese dueño tenga ya tanto dinero que no sepa qué hacer con él. Y la nación pobre que vende sus artículos de primera necesidad en el mercado mundial para comprar máquinas para el desarrollo, se encuentra con que los precios que le pagan y los precios que ha de pagar vienen determinados por las “fuerzas del mercado libre” en las que es un pigmeo luchando con gigantes.

“porque a quien tenga se le dará y le sobraré; pero al que no tenga aun lo que tenga se le quitará.”

Tanto en el plano nacional como en el internacional, esta división de la humanidad en una pequeña minoría de ricos y una mayoría de pobres, se está rápidamente volviendo insostenible para la mayoría: y así debe ser. La gente pobre del mundo y las naciones pobres ya están en rebeldía contra tal división. Si no se consigue un cambio que conduzca a mayor justicia, entonces la rebelión se convertirá en una explosión. La INJUSTICIA y la PAZ, a la larga, son incompatibles; la estabilidad en un mundo que cambia significa cambio ordenado hacia la justicia, pero no un respeto mecánico al status quo.

En este contexto ha podido decirse que el desarrollo es otro nombre de la paz. Y este contexto es el que hace urgente que deliberéis sobre vuestra participación en el desarrollo.

EL DESARROLLO SIGNIFICA REBELDIA

La finalidad del desarrollo es el hombre. El desarrollo es crear condiciones —tanto materiales como espirituales— en las que pueda mejorar el hombre, en cuanto individuo y en cuanto especie. Fácilmente lo comprende un cristiano porque el cristianismo exige que todo hombre aspire a la unión con Dios por medio de Cristo. Pero aunque la Iglesia no ha caído en el error de confundir el desarrollo con nuevas fábricas, aumento de producción, ni con el crecimiento estadístico de la renta nacional, la experiencia nos dice que con frecuencia ha caído en el error contrario. Porque representantes de la Iglesia y organismos de la Iglesia obran a menudo como si el desarrollo del hombre fuese un asunto personal, interior, que pudiese divorciarse de la sociedad y de la economía en que el hombre vive y gana su pan cotidiano. Predican resignación; con mucha frecuencia parece que aceptan como inmutables los marcos social, económico y político del mundo de hoy. Intentan mejorar las condiciones intolerables con actos de amor y de bondad en que el beneficiario es sólo un objeto. Pero si las víctimas de la pobreza y de la opresión empiezan a portarse como hombres para procurar cambiar esas condiciones, los representantes de la Iglesia se quedan al margen.

Mi objetivo de hoy es sugeriros que la Iglesia debería aceptar que el desarrollo de los hombres significa rebeldía. En un momento dado y decisivo de la historia los hombres deciden actuar contra esas condiciones que restringen su libertad humana. Lo que sugiero es que, a menos que participemos activamente en la rebeldía contra esas estructuras y organizaciones económicas que condenan a los hombres a la pobreza, a la humillación y a la degradación, la Iglesia dejará de interesar al hombre y la religión cristiana degenerará en un conjunto de supersticiones que únicamente los pusilánimes aceptarán.

A menos que la Iglesia —sus miembros y organizaciones— manifieste el amor de Dios al hombre comprometiéndose y tomando la iniciativa en una protesta constructiva contra las presentes condiciones del hombre, se le identificará cada vez más con la injusticia y la opresión. Si eso sucede, la Iglesia morirá y —humanamente hablando— merecerá la muerte por no servir para ningún objetivo que el hombre pueda comprender.

Porque el hombre vive en sociedad. Es importante para sí mismo y para los demás sólo en cuanto miembro de la sociedad. Por consiguiente, hablar de desarrollo del hombre, y trabajar por el desarrollo del hombre, tiene que significar también el desarrollo de esa sociedad que sirva al hombre, que dé realce a su bienestar y prestigie su dignidad. El desarrollo del hombre implica el desarrollo económico, el desarrollo social y el desarrollo político. Y en esta hora de la historia humana tiene que significar además un divino descontento y una resolución de cambiar. Porque la actual condición del hombre ha de ser inaceptable para todo el que piensa que la persona humana individual es una creación única de un Dios vivo. Decimos que el hombre ha sido creado a Su imagen. Me niego a imaginar un Dios pobre, ignorante, supersticioso, angustiado, oprimido, desdichado, que es lo que corresponde a la mayoría de los que El ha creado a Su imagen. Los hombres son los que se crean a sí mismos y a sus condiciones de existencia. En las actuales condiciones, somos criaturas no de Dios, sino de nuestros compañeros los hombres.

NUNCA HUBO UNION TAN DESUNIDA

En este punto no puede haber división de opiniones entre los cristianos, ya que la humanidad nunca ha estado ni tan unida ni tan desunida; nunca ha tenido tanto poder para lo bueno, ni ha sufrido la opresión de injusticias tan evidentes. Nunca ha sido tan clara la capacidad del hombre ni ha sido tan abierta y deliberadamente negada.

Se calcula en 500 millones el número de personas de la tierra que sufren hoy hambre, porque no tienen suficiente para comer. Y de cada dos personas, una padece desnutrición por deficiencia de proteínas o de alimentos esenciales para la buena salud. Finalmente, permitidme recordaros que dentro incluso de las naciones más ricas hay miles y aun millones de individuos, familias, grupos, que padecen la miseria y la tiranía de la pobreza.

El mundo no es uno. Sus habitantes están hoy más divididos —y son más conscientes de sus divisiones— que nunca. Están divididos entre saciados y hambrientos. Están divididos entre explotadores y explotados. Y es la minoría la que está bien alimentada, y la minoría la que se ha apoderado del control sobre las riquezas del mundo y sobre sus hermanos los hombres. Lo que es más, en general esa minoría se distingue por el color de su piel y por su raza; y las naciones en que vive la mayor parte de esa minoría del mundo tienen una característica distintiva: han adoptado como su religión la cristiana.

Las cosas no pueden continuar así y los cristianos, más que nadie, tienen que negarse a aceptarlas. Porque el desarrollo del hombre, el desarrollo de los pueblos, piden que el mundo sea uno y que la justicia social reemplace a las actuales opresiones y desigualdades.

Para lograrlo tendrá que haber desarrollo económico y justa distribución de la riqueza. Las naciones pobres, las zonas pobres y las personas pobres tienen que poder incrementar su producción; por medio de una equitativa distribución han de poder aumentar su consumo de los bienes que son necesarios para una vida decente y libre.

CONTROL ECONOMICO DE LA PERSONA

Para ello lo que se requiere no es sencillamente que se aumenten las cifras de la renta nacional de los países pobres, ni un gigantesco crecimiento en la producción de tales cosechas o cuales industrias. Son necesarias nuevas fábricas, carreteras, granjas, etc., pero no basta eso sólo. El crecimiento económico debe ser de tal naturaleza, y organizado de tal modo, que beneficie a las naciones y a las personas que actualmente sufren pobreza. Lo que significa que el desarrollo social y el político han de marchar al mismo paso que el económico, e incluso precederlo. Porque a menos que la sociedad se organice de tal manera que el pueblo controle su propia economía y su actividad económica, el crecimiento económico será un crecimiento de la injusticia, porque conducirá al aumento de las desigualdades, tanto nacional como internacionalmente.

Quien controla los medios de existencia de una persona, controla a esa persona; su libertad es ilusoria y se le niega la igualdad humana si tiene que depender de otros su derecho al trabajo y al alimento. Del mismo modo, una nación no es independiente si es otra nación la que controla sus recursos económicos; la independencia política no tiene sentido si la nación no tiene control sobre los medios con los que sus ciudadanos han de ganar su vida.

Ciertamente que es difícil defender que las sociedades en las que la Iglesia católica trabaja, y en las que tiene mayor influencia, estén organizadas para la justicia social; es imposible demostrar que esas sociedades sirvan a la justicia social. Bajo el capitalismo se han logrado los mayores adelantos en la tecnología y en el crecimiento económico. Pero las decisiones acerca de qué bienes deben producirse, y cómo deben producirse, son tomadas por un reducido número de personas que han llegado a controlar la tierra y el capital. Y el factor decisivo

NOVEDADES PETROLERAS

PETROLEO Y DEPENDENCIA

Juan Pablo Pérez Alfonzo

Lineamientos para hacer del petróleo venezolano un instrumento de desarrollo independiente.

Edit. Síntesis Dos Mil, C. A.
Caracas, 1971

PETROLEO Y PODER MUNDIAL

Peter R. Odell

El imperio de una industria cuya dinámica depende de presiones económicas y políticas.

Edit. Tiempo Nuevo, S. A.
Caracas, 1971

LA INDUSTRIA PETROLERA EN AMERICA LATINA

César Balestrini C.

Un libro de consulta que recoge los datos básicos de los países petroleros latinoamericanos y, en detalle, la problemática del petróleo venezolano.

Ediciones de la Biblioteca de la UCV
Caracas, 1971

LA NACIONALIZACION DEL PETROLEO

Varios autores

El futuro de nuestra industria petrolera en un libro de

Monte Avila Editores, C. A.
Caracas, 1971

nueva revista
católica
IGLESIA
PASCUAL

—Para extender, organizar y estimular la reflexión teológica respecto a los problemas pastorales de la Iglesia local, con el concurso de la historia, psicología, filosofía, antropología, etc.

—Para suscitar el interés activo de cuantos están comprometidos en el esfuerzo pastoral de la Iglesia en Venezuela.

—Con una orientación decididamente joven, optimista, llena de confianza y fe profunda en el Misterio Pascual de Jesucristo, que declaró: "Animo, yo he venido al mundo."

Suscripción: un año (trimestral):

—Bono de Colaboración: Bs. 100

—Suscripción ordinaria:

Venezuela: Bs. 25

Extranjero: US \$ 6.50

Dirección de la publicación:

Seminario Interdiocesano

Apartado 129

CARACAS 101 - Venezuela

El N° 1 (enero-abril) versará sobre

ESPERANZA DE LA IGLESIA

en todas sus determinaciones es si la acción producirá provecho monetario, o poder, o prestigio, para ellos en cuanto poseedores de la tierra o del capital. Las necesidades de la humanidad, si es que llegan a tenerse en cuenta, son cosa secundaria.

Que no hay beneficio en construir casas baratas, pues no se construyen; no hay dinero para escuelas y hospitales. Pero se pueden edificar apartamentos lujosos y pasos elevados de seis pistas: para eso siempre hay dinero. Y el resultado es un reducido número de personas viviendo a todo lujo, utilizando las riquezas producidas por los demás hombres para su propia grandeza y para afianzar su propio poder. Al mismo tiempo, masas de hombres, mujeres y niños se ven reducidos a la mendicidad, al raquitismo y a la humillación de la enfermedad y de la inseguridad (destructora del alma) que nacen de su forzada pobreza.

Hablemos claro. Si la Iglesia se interesa por el hombre, en cuanto individuo, debe manifestarlo interesándose por la sociedad de la que ese individuo es un miembro. Porque a los hombres los modelan las circunstancias en las que viven. Si son tratados como animales, actuarán como animales. Si se les niega la dignidad, actuarán indignamente. Si sólo se les trata como medios indispensables de producción, se convertirán en manos sin alma, cuya vida será hacer el menor trabajo posible para refugiarse en una ilusión de felicidad y de orgullo por medio del vicio.

Por eso, para cumplir su finalidad propia de llevar a los hombres a Dios, es indispensable que la Iglesia trate de asegurar que los hombres puedan conservar su dignidad en su manera de vivir y en su trabajo. Tiene que llegar a ser una fuerza de justicia social y debe trabajar con otras fuerzas de justicia social dondequiera que se encuentren y se llamen como se llamen. Más aún, la Iglesia debe reconocer que los hombres sólo pueden progresar y sólo pueden progresar en dignidad trabajando por sí mismos y trabajando juntos para su bien común. La Iglesia no puede elevar al hombre: sólo puede ayudarlo a alcanzar las condiciones y a tener la oportunidad de cooperar con sus hermanos para elevarse por sí mismo.

SIGNIFICADO ACTUAL DEL SERVICIO

¿Qué significado tiene todo lo que llevamos dicho para los que han consagrado su vida al servicio de la Iglesia?

En primer lugar, que no bastan ni la bondad, ni la piedad, ni la caridad. Los hombres que hoy sufren por la pobreza, sea en el Tercer Mundo o en el mundo del desarrollo, necesitan que se les ayude a sostenerse, que se les dé confianza en su propia capacidad para tomar en sus manos el control de sus vidas. Y también necesitan que se les ayude a tomar en sus manos ese control y para que ellos mismos lo usen para sus propios fines. Necesitan "uhuru" (libertad), pero un "uhuru" que tenga sentido. Tan importante es esto para la Iglesia como para la humanidad. Porque hasta que los hombres estén en condiciones de elegir libremente, pocos serán cristianos más que de nombre. Ser miembros de la Iglesia será para ellos sencillamente otro método para intentar huir de la conciencia de su miseria: si ustedes quieren, será una especie de opio del pueblo.

La Iglesia y sus miembros deben atacar y combatir a todo lo que impide a un hombre vivir con dignidad y decencia. Porque no creo que haya santidad alguna en una pobreza impuesta. Un hombre desmoralizado a causa de las condiciones en que se ve obligado a vivir, no es de ninguna utilidad ni para su mujer, ni para sus hijos, ni para su país. Si puede ser de gran utilidad para Dios, no es a mí a quien le toca juzgarlo.

Por eso debe la Iglesia ayudar a los hombres a luchar contra los cuchitriles y los tugurios. Pero sobre todo debe enseñarles a combatir clara y abiertamente a las instituciones y a los grupos de poder que contribuyen a que existan y perduren esos tugurios, tanto materiales como espirituales, sin tener miedo a las posibles reacciones contra ella o contra sus miembros. Y donde y cuando la circunstancia lo hagan posible, la Iglesia debe trabajar con el pueblo en las tareas positivas de construir un futuro basado en la justicia social. Debe participar activamente para iniciar, afianzar y crear los cambios que sean necesarios y que inevitablemente tendrán lugar algún día.

Sólo actuando así puede la Iglesia esperar que disminuya el odio y que su doctrina del amor a todos los hombres se promueva. Ese amor debe manifestarse en actos contra lo malo y por lo bueno. Porque si la Iglesia se acomoda con los males reinantes, se le identificará —a ella y al cristianismo— con la injusticia.

En segundo lugar, los miembros de la Iglesia deben trabajar con el pueblo. Puede parecer raro decir esto a las Hermanas de Maryknoll, pero es importante subrayar el trabajo con, no el trabajo para. Porque la tarea de los dirigentes religiosos no es la de decir al pueblo lo que debería hacer, sino compartir con

él su trabajo, en una base de igualdad y de comunidad. Para contribuir al desarrollo del pueblo tiene que compartir su trabajo, sus privaciones, sus conocimientos y sus persecuciones. Este es el pleno significado de ser "miembros unos de otros". Porque si la Iglesia no tiene parte en nuestra pobreza, ni participa en nuestra lucha contra la pobreza y la injusticia, entonces no es parte de nosotros.

Me parece que hay otro cambio que deben hacer los miembros religiosos en relación con los servicios sociales. En muchas partes del mundo, en especial en Africa, la Iglesia católica ha construido sus propias escuelas y sus propios hospitales. Unas y otros han sido de incalculable valor; han proporcionado educación y asistencia médica donde no hubiese habido ninguna. Pero me parece que el procedimiento debería ser provisional y que, donde fuese posible, los miembros de la Iglesia deberían trabajar con y a través de las organizaciones que son propiedad y están bajo control de las mismas naciones. Hermanas y religiosos deberían enseñar en las escuelas y asistir a los hospitales del Estado; deberían ser "enfermeras de distrito" en una estructura nacional, regional o local.

Al adoptar esta política, donde sea posible, la Iglesia demostrará que su finalidad es servir al pueblo y no controlarlo. Al separar sus servicios de sus actividades evangélicas, la Iglesia pondrá de manifiesto que desea que la conversión al Cristianismo nazca de convicción, no de agradecimiento o de sentirse obligado por los beneficios recibidos.

Finalmente, creo que los miembros de las organizaciones religiosas deben alentar y ayudar al pueblo a cooperar unidos para todo lo que sea necesario para su desarrollo. Lo que esto signifique en la práctica variará de un país a otro y de una parte de un país a otra. A veces querrá decir ayudar al pueblo a formar y a regir sus propias aldeas cooperativas. A veces significará ayudar al pueblo a formar sus propios sindicatos —y no sindicatos católicos—, sino sindicatos de trabajadores, prescindiendo de la religión. A veces significará dirigentes de la Iglesia comprometiéndose en movimientos nacionalistas de liberación y siendo parte de esos movimientos. A veces será cooperar con gobiernos locales o con otras autoridades; otra será trabajar en la oposición contra las autoridades y poderes instituidos. Siempre significa que la Iglesia esté del lado de la justicia social y que ayude a los hombres a vivir unidos y a trabajar unidos por el bien común.

POCO INFLUJO DE LA IGLESIA

Confesemos que hasta ahora la hoja de servicios de la Iglesia en estos menesteres no ha sido muy brillante. Los países que se nos ocurren inmediatamente cuando pensamos en naciones católicas no son países en los que el pueblo disfruta de mayor dignidad humana, y en los que prevalece la justicia social. Ni son tampoco países en los que haya habido gran progreso económico. Alguna influencia tiene la Iglesia en América Latina, y se dice que una tercera parte de los católicos de todo el mundo vive en ese continente. Sin embargo, no asociamos esa parte del mundo con el progreso y con la justicia social. Al contrario, las condiciones de pobreza, de explotación y de miseria de América Latina son lo bastante conocidas para evitarme comentarlas.

Otros países a los que llamamos católicos, o no se distinguen por su respeto a la libertad y a la justicia, o tienen los partidos comunistas más amplios de todo el Occidente. Creo que todo esto indica fallo de parte de la Iglesia católica, de sus dirigentes y de sus operarios.

Hay sacerdotes —y algunas veces obispos— que trabajan con el pueblo y, a veces, hablan por él. De esos sacerdotes, unos han sido asesinados, otros encarcelados, otros torturados; algunos, desgraciadamente, han sido expulsados o exilados por la misma jerarquía eclesiástica. Pero todos ellos están redimiendo la fama del Catolicismo y la Cristiandad organizada, y están demostrando lo que se puede y lo que se debe hacer, incluso a costa de grandes sacrificios. Es incalculable el valor de su trabajo; pero hemos de admitir que hay demasiado pocos y quedan muchos campos en que trabajar.

Hasta hace poco la Iglesia guardaba silencio sobre los graves problemas sociales del hombre e incluso se ponía del lado de los que se preocupaban exclusivamente de su propio poder y de acumular riquezas. Aun ahora, después de Juan XXIII y de Paulo VI, y de las deliberaciones del Concilio Vaticano II, la práctica más común de la Iglesia es respaldar el orden establecido, sin tener en cuenta las consecuencias. Esta postura práctica es la que ahora tenemos que cambiar. Porque esos hombres y esas mujeres, que son miembros de la Iglesia y que trabajan por la justicia social, necesitan el aliento y el apoyo de toda la Iglesia cuando están sufriendo por las enseñanzas de Cristo. Están actuando conforme a los dictados de su conciencia y, al hacerlo, nos están marcando un camino a seguir. Pero con demasiada frecuencia tienen que trabajar aislados de sus hermanos católicos. Se dan cuenta de que aún no se ha comprometido la Iglesia entera a trabajar por la justicia aquí en la Tierra.

REGALO navideño para sus Amistades

*una
suscripción
de SIC*

SIC es un regalo:

- ★ digno de un donante culto,
- ★ muestra el gran concepto que usted tiene de su amigo,
- ★ ofrece análisis acreditados y elementos de juicio sobre las crisis actuales,
- ★ secciones de cine y literatura,
- ★ recensiones bibliográficas, etc.,
- ★ y todo ello, diez veces al año.

Suscripción anual, Bs. 25

Extranjero (ordinaria), \$ 6

(Aérea) España y América, \$ 9.25

Otros países, \$ 12.00

Formas de pago: cheque bancario (de gerencia, si lo hace desde el interior), valor declarado y giro postal o telegráfico.

Envíelo, junto con el nombre y dirección completos de la persona obsequiada, a:

Revista SIC

Avda. Berrizbeitia, 14

El Paraíso

Apartado 29.056

CARACAS 102

Encerados para camiones

ANDRES SUCRE

AGENTE EXCLUSIVO

Andrés Sucre

TELEFONOS:

42.01.21 - 42.01.22

42.01.23

**Esquina Quinta Crespo
CARACAS**

**LAS CAMISAS SON
LAVADAS CON
AGUA SUAVIZADA**

Sólo

La Primera

garantiza este servicio

El 80% de agua caliente
a 80° centígrados

Jabón en escamas
de la mejor calidad

En el lavado en cada camisa
empleamos un promedio de
15 litros de agua

Yo no pido a la Iglesia que abandone sus funciones y se deje identificar con doctrinas y partidos políticos; al contrario, lo que quiero es que la Iglesia deje de permitir que se la identifique con grupos de poder económico o político injustos. La Iglesia tiene que identificarse con la lucha por la justicia social, y eso es lo que os pido que promováis. Los pobres, los oprimidos, deben venir a vosotros, no a pedir una limosna, sino para obtener ayuda y aliento contra la injusticia.

COOPERACION CON LOS NO CATOLICOS

No es necesario estar de acuerdo con todo lo que un hombre cree o dice, para trabajar con él en proyectos particulares o en determinadas zonas de actividad. La Iglesia debe mantener lo que cree justo: en ello están su justificación y su finalidad. Pero debería acoger a los que están a su lado y trabajar con ellos sin tener en cuenta qué individuos o grupos se le opongan.

Lo bueno no pasa a ser malo porque un comunista diga que es bueno; lo malo no se convierte en bueno porque un fascista lo apoye. La explotación del pobre no es justa porque los comunistas la llamen injusticia; producir para sacar provecho en lugar de para satisfacer necesidades humanas no es más justo porque los comunistas digan que es una injusticia. Organizar la sociedad de modo que los hombres vivan unidos y trabajen unidos por el bien común no pasa a ser un mal porque se le llame socialismo. Un sistema basado en la codicia y en el egoísmo no pasa a ser bueno por llevar la etiqueta de libre empresa. Elija la Iglesia por sí misma lo que es justo y lo que es injusto, conforme a sus principios cristianos, y no se preocupe por lo que otros grupos o individuos digan o hagan. Pero acepte la cooperación de todos los que están de acuerdo con su manera de pensar.

Sabemos que somos hombres falibles y que lo que tenemos que hacer es servir, no juzgar. Aceptamos en la Iglesia (con tal de que vayan a misa los domingos y paguen su cuota o contribuyan a las actividades misioneras) a los que crean y sostienen el actual sistema político y económico. Pero éste es el sistema que lleva a que millones de seres tengan hambre y sed, y a que estén desnudos; éste es el sistema que hace a los hombres extranjeros en su propio país porque son pobres, débiles y oprimidos; éste es el sistema que condena a millones a enfermedades que podían evitarse y que mete en la cárcel a los que tienen el valor de protestar.

Entonces, ¿con qué derecho rechazamos a los que sirven a la humanidad, sólo porque rehusan aceptar la dirección de la Iglesia, o se niegan a reconocer la divinidad de Jesucristo o la existencia de Dios? ¿Con qué derecho pensamos que Dios Todopoderoso no se preocupa de los que se dedican al servicio de esos millones de Sus hijos que tienen hambre y sed de justicia, sólo porque no lo hacen en Su Nombre? Si Dios fuese a preguntar a los miserables de la tierra quiénes son sus amigos, ¿estamos tan seguros de saber su respuesta? ¿Y no tiene importancia esa respuesta para los que quieren servir a Dios? "No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial, ése entrará en el Reino de los Cielos." "Muchos me dirán aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos milagros? Y entonces les declararé: ¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!"

No es esto todo. Así como no hemos de tener miedo de trabajar con hombres de diferentes credos religiosos, o de ninguno, tampoco debemos asustarnos por ideas nuevas, nuevos planes, ni nuevos proyectos. El mundo necesita ideas nuevas, organizaciones nuevas, tanto como necesita poner en práctica las verdades cristianas; la verdad es que necesitamos nuevos modos de llevar a la práctica esas verdades en el mundo tecnológico del siglo XX. A la Iglesia le toca descubrir nuevos caminos de avance y aceptarlos cuando otros son los que los descubren.

Lo que no es cristiano es tener miedo al futuro, ni a las necesidades del futuro. Nuestra fe es una fe de vida o —si queréis— una fe revolucionaria, porque la fe sin obras es estéril, y las obras sin la fe no tienen ningún valor. "He venido para que tengan vida y la tengan más abundante."

EL PAPEL DE LA IGLESIA

Lo que todo esto significa es una llamada a la Iglesia para que admita la revolución social, y para que represente en ella un papel directivo. Porque es un hecho histórico que casi todas las revoluciones sociales que han triunfado en el mundo han sido dirigidas por personas que se beneficiaban del sistema contra el que luchaban. A veces, miembros de las clases privilegiadas se unieron y dirigieron incluso a los pobres oprimidos que se sublevaban contra la injusticia. Lo mismo debe suceder ahora.

Dentro de los países ricos, los que se benefician de buena educación gozan de

buena salud, disfrutan de seguridad, deben prepararse a ponerse en pie y pedir justicia para aquellos a los que, hasta ahora, se les han negado educación, salud, seguridad. En donde los pobres ya han empezado a pedir una sociedad justa, algunos, por lo menos de los miembros de las clases privilegiadas, deben ayudarlos y alentarlos. Donde aún no han empezado a hacerlo, es responsabilidad de los que tienen mayores posibilidades sacar al pobre de la apatía en que le tiene sumido la pobreza.

Y lo que digo es que los cristianos deben sobresalir entre los que eso hagan, y que la Iglesia debería intentar que aumentasen el número y el poder de los que se niegan a pactar con las injusticias implantadas.

Lo mismo es cierto en la escena internacional. Los países pobres y atrasados están empezando a levantar su voz para quejarse de su suerte. Pero aumentan en fuerza y en eficacia porque países como los escandinavos y el Canadá están empezando a darse cuenta de la inseguridad y de la injusticia de su riqueza en un mundo de pobreza, y están empezando a ser de los primeros en provocar un cambio rápido.

Digo que la Iglesia debería unirse a esas naciones y, si fuese posible, aumentar su número. Digo que debería ser una del grupo de naciones y de instituciones que rechazan el dominio del rico para beneficio del rico. Y que debería ser función de los miembros de la Iglesia en los países ricos incrementar el grupo que se opone a la explotación internacional del pobre y a la opresión del débil.

Sólo por su actividad en estos campos puede la Iglesia justificar su pertenencia al mundo moderno. Porque el objetivo de la Iglesia es el Hombre, su dignidad humana y el derecho a su propio desarrollo con toda libertad. Para servir al desarrollo del Hombre, si fuese necesario, se debería sacrificar alguna o todas las instituciones de una sociedad particular. Porque todas las instituciones humanas —incluyendo la Iglesia— están instituidas para servir al Hombre. Y es la institución de la Iglesia —por sus miembros— la que debe dirigir el ataque contra cualquier organización, o cualquier estructura económica, social o política que oprima a los hombres y les niegue el derecho y la posibilidad de vivir como hijos de un Dios de amor.

El mismo papel tiene que representar la Iglesia en los países pobres. Ha de ponerse firme y activamente del lado del pobre y del desvalido. Ha de guiar a los hombres a la santidad uniéndose a ellos en el ataque contra las injusticias y las privaciones que sufren. Debe cooperar con todos los que están comprometidos en esta tarea; debe rehusar aliarse con los que representan a Mammon, y cooperar con los que trabajan por el Hombre.

Sus miembros deben sobresalir como servidores del mundo, como hombres y mujeres que desean compartir su ciencia y su habilidad con los que reconocen como a hermanos y hermanas en Cristo.

Amigos míos: hubo un tiempo en que la Iglesia cristiana era perseguida y sus miembros despreciados y ridiculizados. ¿Son ahora las sociedades, en medio de las cuales trabaja la Iglesia católica, tan justas o tan adaptadas al servicio de Dios y del Hombre, que sea inútil arriesgarse a una persecución semejante en la prosecución de la justicia social? No lo creo. Creo con Teilhard de Chardin que: un cristiano puede sufrir con alegría la persecución para que el mundo mejore. Lo que no puede hacer es aceptar la muerte por bloquear la ruta de la humanidad.

Reverendo Presidente: Me parece apropiado concluir con dos citas de la encíclica de Su Santidad Paulo VI sobre el Desarrollo de los Pueblos: "Si alguno tiene bienes de este mundo, y viendo a su hermano en necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo es posible que resida en él el amor de Dios?" "No es parte de tus bienes —dice San Ambrósio— lo que tú des al pobre; lo que le das le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias." Que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario.

Y la misma encíclica dice después: "Combatir la miseria y luchar contra la injusticia es promover, a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos y, por consiguiente, el bien común de la humanidad. La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios que comporta una justicia más perfecta entre los hombres."

Terminó el discurso del Presidente con ruegos y preguntas de las religiosas, todas de gran interés.



**LIBROS MONTE AVILA
ACERCA DE DIOS
Y DE LOS DIOSES**

**América Latina,
"El pueblo de Dios"**
Norman Gall

**meri
pueb**

MONTE AVILA EDITORES

Norman Gall
**AMÉRICA LATINA,
"EL PUEBLO DE DIOS" (Bs. 7)**

**LA HORA
DE JOB**

Leo Baeck · Martin Buber · León Roth
Jean Daniélou · Ernest Renan
H.H. Rowley · J.G. Herder · Josiah Royce
Paul Weiss · Gilbert Murray
Arthur S. Peake · Rudolf Otto
G.K. Chesterton · James B. Conant
Seton Pollock · Archibald Mac Leish
Sören Kierkegaard

MONTE AVILA EDITORES

Varios autores
LA HORA DE JOB (Bs. 12)

Monte Avila
Telf. 35.98.08 - Caracas